

TRES NOCHES PARA LA OSCURIDAD



BLACKWYNTM

LA NOCHE
MÁS OSCURA

L.L. GALARZA

BLACKWYN

LA NOCHE MÁS OSCURA

L.L. GALARZA

Libro 0

© 2025 L.L. GALARZA

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida, en ninguna forma ni por ningún medio —electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación o cualquier otro— sin el permiso previo y por escrito del autor, salvo en el caso de breves citas utilizadas con fines de reseña o comentario crítico.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con eventos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia.

Primera edición: 2025

ISBN: 978-607-29-7516-3

Libro o de la saga **Blackwyn™**

Para más información sobre esta obra y futuros lanzamientos:

www.llgalarza.com

*Cuando era niño le temía a la oscuridad.
Ahora entiendo que en realidad lo que me asustaba...
era perder mi luz.*

ÍNDICE

LA BATALLA ENTRE EL DÍA Y LA NOCHE.....	9
UNA NOCHE DE CUENTOS TENEBROSOS	21
LA NOCHE QUE ENCENDIÓ LA OSCURIDAD	29
LA NOCHE MÁS CÁLIDA.....	39
LA NOCHE DE LA SOMBRA.....	51
UNA NOCHE DE AMISTAD INESPERADA	59
UNA NOCHE EN EL SÓTANO	73
UNA NOCHE DE LAZOS ROTOS	81
LA NOCHE SIN RETORNO	89
LA HERIDA DE LA NOCHE	99
LA PRIMERA NOCHE.....	109
PROMESAS PARA ENFRENTAR LA NOCHE	119
LA SEGUNDA NOCHE	131
UNA NOCHE PARA CELEBRAR	145
LA TERCERA NOCHE	161
LA NOCHE MÁS OSCURA	173
UNA NOCHE DE LUZ Y CENIZAS	185
EPÍLOGO	199

CAPÍTULO UNO



LA BATALLA ENTRE EL DÍA Y LA NOCHE

El parabrisas vibraba con el golpeteo rítmico del viento, y la carretera se extendía como una cinta sin fin, gris y vacía. Los árboles desdibujados pasaban a toda velocidad a los costados.

En el asiento trasero, con la frente apoyada en la ventanilla, Ethan Blackwyn, de apenas nueve años, con piel clara y cabello lacio de tono oscuro, observaba el paisaje deslizarse más allá del vidrio. Sus ojos no eran iguales: uno era marrón oscuro, el otro, de un ámbar claro que parecía atrapado por la luz. Eran grandes, atentos, y guardaban algo extraño... como si dentro de ellos vivieran sombras y

destellos al mismo tiempo. Siempre mostraba la expresión de alguien que escucha cosas que los demás no oyen.

Su rostro, de rasgos suaves, conservaba una ternura innata, y había en él una simpatía callada, casi involuntaria, que lo volvía imposible de ignorar.

Algunos lo llamarían luz interior, aunque no siempre atraía cosas buenas.

Del otro lado del vidrio, el sol se ocultaba lento detrás de la montaña, como si se rindiera sin luchar, tragado por una criatura colosal que cerraba sus fauces lentamente. Para Ethan, no era sólo un atardecer. Era el final de una batalla. Una tragedia.

La montaña parecía una bestia de piedra, con el lomo cubierto de árboles oscuros y un hocico que devoraba estrellas. Y el sol, era un guerrero derrotado, exhalando su último aliento en forma de rayos dorados que se filtraban entre colmillos invisibles.

Ethan miraba a través de la ventanilla, hipnotizado. Su corazón latía como tambor. Había algo solemne en ese momento: el cielo cambiando de color, la luz vacilante parpadeando entre ramas y el mundo volviéndose cada vez más gris. Sabía lo que venía después. La oscuridad. Y aunque no lo decía, no era de su agrado.

Suspiró, casi con tristeza.

—Ojalá el día no se terminara...

Después de una pausa, sus ojos se encendieron. Una idea le cruzó la mente como un relámpago. Se irguió de golpe en el asiento.

—¡Ya sé qué hacer! —dijo en voz baja, como si invocara algo que sólo él pudiera ver.

Se desabrochó el cinturón, bajó la ventanilla por completo y sacó medio cuerpo por ella. Cerró los ojos.

Apretó los puños. Infló sus pulmones. El aire era frío y olía a tierra caliente.

—¡A la una... a las dos... y a las tres!

Tomó impulso con las rodillas, saltó, pero no cayó.

Ethan flotaba en el aire, varios metros delante del automóvil, como si el cielo mismo lo hubiera atrapado en pleno vuelo. Sus pies no tocaban el suelo. Algo poderoso vibraba bajo sus plantas. Una luz amarilla y viva emergía de ellas, como raíces de energía.

Estiró las piernas. Apoyó los pies con firmeza en el vacío. Sin dudar, avanzó. De una sola zancada despegó hacia la montaña. A cada paso, la luz bajo sus pies se intensificaba.

La bestia lo esperaba, quieta como un monstruo fingiendo dormir. Era enorme, más alta que un rascacielos, y en medio se abría un solo ojo: una grieta circular, tan oscura que la luz no se atrevía a entrar.

Ethan se detuvo justo ante aquella oscuridad.

Entonces alzó el brazo izquierdo. Su mano, extendida, buscó algo en su espalda. De su palma brotó una luz pura. Y de esa luz, emergió una espada. La desenvainó con solemnidad. La hoja brillaba como oro fundido. Llamas doradas subían desde la empuñadura, serpenteando a lo largo del filo. El fuego danzaba. Era una llama suave, viva, reconfortante como el sol mismo.

Ethan sujetó la espada con firmeza. Su mirada se volvió intensa. Su cuerpo, ligero. Se inclinó hacia adelante, respiró hondo. Y entonces gritó y se lanzó contra la bestia.

La espada, envuelta en luz y llamas, iluminaba todo a su paso. Su brazo ardía. Chispas doradas volaban como cometas tras él. Cuando estuvo lo suficientemente cerca,

levantó la espada en alto y la clavó con fuerza en el ojo del monstruo.

La bestia rugió. Un rugido que no era sonido, sino sombra desmoronándose. La oscuridad se agrietó. Todo tembló. El sol, agonizante segundos antes, parecía arder con renovada fuerza detrás de las nubes.

Ethan sintió que lo había logrado. Que había salvado el día. Entonces escuchó una voz, lejana pero real.

—Ethan... ¿Qué haces?

El niño parpadeó. Seguía en el asiento trasero del auto. La ventanilla estaba abierta. El cinturón, abrochado. Su padre lo observaba por el espejo retrovisor con rostro serio.

Afuera, el sol ya se había ocultado. Pero dentro de él... aún ardía.

—¡Ethan! —exclamó su padre al volante del auto—. ¡Cierra esa ventana, por favor!

Ethan levantó la vista en dirección a su padre y cerró la ventana tan rápido como pudo.

—Ya sabes que no debes abrir tanto la ventana. Es peligroso —continuó su padre con voz severa—. Tienes que ser más responsable, ¿de acuerdo?

—Estaba viendo la montaña —murmuró Ethan, con los hombros tensos, mirando aún hacia afuera.

Hubo un breve silencio.

—Es hermosa, ¿verdad? —dijo su madre desde el asiento del copiloto, con una sonrisa cálida. Luego volteó hacia su esposo—. ¿No crees, Adam?

—Sí, sí... muy bonita —respondió él, por decir algo, sin quitar el tono de reproche—. Pero eso no quita que hay reglas, Ethan. No lo vuelvas a hacer.

Ethan asintió sin decir una palabra. Había aprendido tiempo atrás que lo mejor era no discutir. Sólo había una

cosa que temía más que a la oscuridad: hacer enojar a su padre.

—Está bien, Adam —replicó la madre de Ethan con suavidad—. Deja que disfrute el viaje. Después de todo, no venimos a visitar a tu mamá tan seguido... y además, será su fiesta de cumpleaños.

El padre hizo una breve pausa. Apretó los labios, como si fuera a replicar, pero se contuvo. Movi6 ligeramente la cabeza en se1al de acuerdo, sin volverse.

—Escúchame bien, Ethan. Cuando lleguemos con tu abuela, tienes que ayudarla con todo lo que te pida. ¿Entendido? ¡Todo! Ese será el mejor regalo de cumpleaños que le puedes dar.

—¿Todo lo que me pida?

—Absolutamente todo, sin peros —añadió su padre—. Este año es muy especial, ¿lo sabías? Tu abuela cumple ochenta años. ¡Ochenta! ¿No es increíble?

—¡Sí, papá! Está bien.

No tenía muchas opciones de todas formas, pero no le molestaba. A pesar de que su abuela podía ser igual de estricta que su papá, tenía una sonrisa y una mirada dulce que hacía que uno se sintiera seguro, como si nada malo pudiera pasar mientras ella estuviera cerca.

Apenas pensó en ella, su mente lo llevó a la última fiesta de cumpleaños. Estaba sentado a su lado mientras toda la familia le cantaba el clásico *Feliz cumpleaños*, con más entusiasmo que ritmo. Cuando su abuela sopló las velas, todos aplaudieron con fuerza. Sonreía, rodeada de hijos, nietos, amigos y sobrinos ruidosos. Se notaba feliz, aunque intentara fingir dignidad con la barbilla en alto y la espalda recta.

Fue entonces cuando Ethan, con los ojos brillando de picardía, se acercó al oído de su abuela y le susurró:

—¿Le puedes dar una mordida a tu rebanada? Sólo una chiquita... porfa.

Ella lo miró de reojo, levantó una ceja como si estuviera considerando algo muy serio... y asintió.

—Pero sólo porque tú me lo pides.

Con lentitud dramática —como actriz de película antigua— se levantó de la silla, fingiendo que iba a dar un discurso presidencial. Se inclinó poco a poco, hasta que su boca quedó a centímetros del pastel de fresas y crema.

Y entonces, ¡zas! Le dio una mordida directa, sin miedo ni titubeo. Al incorporarse, se limpió los labios... y todos vieron que su dentadura postiza había quedado incrustada en el pastel, entre la crema chantillí y los trozos de fresa. La familia entera estalló en carcajadas.

Ethan se dobló de la risa, sin poder contenerse. Se llevó las manos al estómago justo cuando su abuela, sin decir una palabra, giró hacia él con una chispa traviesa en la mirada, lo miró fijamente y, sin previo aviso... ¡le plantó una mordida sin dientes en la mejilla!

—¡Mordisco de cumpleaños! —gritó, riendo.

Lo dejó con un cachete lleno de chantillí y fresa, como si lo hubiera marcado para siempre. Y él, feliz, no protestó. Así era su relación: entre juegos, bromas y mucha risa.

Desde entonces, cada vez que se porta mal o hace alguna travesura, su abuela lo amenaza con otra mordida.

—¡No me hagas ir por tu otro cachete, Ethan! —le dice con una sonrisa traviesa.

Ese día, ella lo abrazó por los hombros, y él, como siempre, se acurrucó contra su costado, rodeándola con fuerza por la cintura. Ambos sonreían con la cara

manchada de pastel. Su madre capturó ese instante exacto con una foto que ahora vive, orgullosa, sobre la mesa de noche al lado de la cama de su hijo. Aquel recuerdo era más que gracioso: era un pedacito de su corazón. Ethan volvió al presente y sonrió para sí mismo.

—Está oscureciendo —dijo el papá de Ethan, echando un vistazo al marcador de gasolina—. En la próxima estación vamos a parar a cargar combustible, y de paso cenamos algo. Igual vamos a llegar de madrugada a casa de mi mamá.

—¿No sería mejor seguir directo? —preguntó su esposa, arrugando un poco la frente—. No me encanta la idea de andar por la carretera tan tarde.

—No te preocupes, cariño. Este tramo es tranquilo, y prefiero llevar el tanque lleno antes de seguir avanzando —respondió él, en tono calmado.

Desde el asiento trasero, Ethan no dijo nada. Siguió mirando hacia afuera. La luz del día ya se había ido por completo. Lo que antes eran árboles nítidos ahora eran manchas deslizándose en la noche, como tinta derramada sobre un cristal.

Pero entre esa oscuridad, algo le llamó la atención. Al principio pensó que eran ramas o tal vez aves nocturnas, pero no se movían como pájaros. Algunas sombras parecían saltar. Otras pasaban tan rápido que apenas alcanzaba a verlas. Eran más oscuras que el resto. Más definidas. Como si no pertenecieran del todo al paisaje.

Ethan entrecerró los ojos y trató de enfocarse. Cada vez que creía atrapar una con la mirada, desaparecía. Pero cuando lograba seguir sus movimientos por más de unos segundos, empezaban a volverse más lentas. O tal vez era su mente la que las ralentizaba.

Saltaban en zigzag, con movimientos casi elegantes. No parecían tener patas, pero sí una especie de alas gruesas, que se extendían y retraían en cada salto. Sus cuerpos eran largos, con algo parecido a una cabeza, pequeña y achatada, y una cola que se afinaba como una aguja. Eran negras. Le recordaban a cuervos deformes... aunque sin picos. Y sin ojos.

—¿Qué son? —murmuró sin darse cuenta.

Después de preguntárselo, volteó hacia sus padres, nervioso.

—Papá... Mamá... vi algo afuera. Sombras en la ventana.

Su padre miró un segundo por el retrovisor y luego volteó brevemente hacia el cristal.

—Sólo son las ramas de los árboles, Ethan.

Su madre, en cambio, se asomó con más atención, entornando los ojos como si intentara descifrar la oscuridad.

—No veo nada, cielo —dijo con voz suave, aunque un poco inquieta.

Ethan volvió a mirar hacia afuera. Buscó con atención, pero ya no había nada. Ni sombras ni movimiento. Sólo la noche: espesa, inmóvil, como si nunca hubiera existido otra cosa.

Suspiró, frustrado. Se recargó en el asiento y sacó de su mochila una libreta con la pasta cubierta de garabatos. La abrió en una hoja en blanco, tomó el lápiz que siempre guardaba entre las anillas y comenzó a dibujar. No eran exactos, pero había algo en ellos —en su velocidad, en la presión del grafito— que capturaba lo que acababa de ver: alas anchas, cuerpos que se estiraban como sombras en fuga, colas afiladas.

Siempre que algo lo impresionaba —una criatura imaginaria, un sueño extraño o una figura entre las nubes — terminaba retratado ahí, en su libreta de dibujos.

—¡Ya llegamos! —anunció su padre, girando el volante con firmeza hacia una salida apenas iluminada.

Ethan levantó la vista justo cuando el auto redujo la velocidad y giró hacia una vieja estación de gasolina. El lugar parecía salido de otra época, detenido en el tiempo. Una plataforma ancha de concreto agrietado se extendía bajo un techo sostenido por dos postes de metal oxidados, cubiertos de manchas oscuras y salpicaduras de lo que parecía aceite seco. Las luces colgaban del techo como dientes flojos; una ya no funcionaba, otra titilaba de forma intermitente como si estuviera a punto de dar su último destello, y sólo dos emitían una luz constante, aunque pálida. Aquella iluminación pintaba sombras largas y distorsionadas sobre el pavimento.

Había diez cajones de estacionamiento: nueve completamente vacíos, y uno ocupado por un auto viejo y polvoriento, de pintura cuarteada y vidrios empañados. No se veía a nadie dentro. Parecía abandonado.

Detrás de la estación, a unos veinte metros, se alzaba una construcción de ladrillo naranja. Encima, un letrero grande y antiguo titilaba: “GR_N RESTAUR_NTE PUERT_ NORTE”. Algunas letras estaban fundidas o directamente arrancadas, pero el mensaje todavía era legible. Aun así, daba la sensación de haber sido olvidado por los años.

—Vamos a estirarnos un poco y a cenar —dijo el padre, mientras apagaba el motor y soltaba un leve suspiro.

La madre de Ethan fue la primera en salir. Al pisar el suelo crujiente de grava y polvo, se abrazó a sí misma por el

frío inesperado. Su padre rodeó el vehículo para comenzar a cargar gasolina. El sonido del surtidor al engancharse a la boquilla resonó con eco en el silencio.

—Baja, corazón —le dijo su madre a Ethan con suavidad.

Ethan obedeció con lentitud. Afuera, el aire olía a metal viejo, combustible y polvo estancado. La carretera, detrás de ellos, parecía un abismo interminable. Ni un solo faro, ni ruido de motor, ni un susurro en la distancia. Sólo el chasquido seco de sus pisadas.

Se detuvo junto al auto, mirando en dirección al oscuro horizonte. Sentía que algo invisible lo observaba desde la maleza o desde lo más profundo del asfalto. Le picaban las palmas. No era miedo exactamente... pero algo lo inquietaba.

—¿Y si... seguimos? —preguntó de pronto, bajando la voz—. Ya no tengo hambre.

Su madre lo miró con cierta sorpresa. Su padre, en cambio, torció el gesto, impaciente.

—No seas dramático —murmuró mientras cerraba la cajuela—. Hemos manejado casi cinco horas. Necesitamos estirar las piernas, comer algo, ir al baño.

Ethan agachó la mirada. No discutió. Pero el zumbido incómodo en su estómago seguía ahí, como una advertencia que no sabía cómo poner en palabras.

—Vamos a cenar en ese restaurante —dijo su padre, extendiéndole la mano a su esposa. Ella la tomó, cálida y firme. Con la otra, sujetó la de Ethan. Los tres caminaron juntos hacia el restaurante.

La fachada estaba cubierta de ventanas enormes, que dejaban ver el interior con claridad. Pero dentro no había ni un solo cliente. Sólo mesas vacías. En el cristal de la

puerta había huellas de manos. Ethan se detuvo, algo nervioso.

—¿Seguro que está abierto? —susurró.

—Sí, mira —respondió su madre, señalando un adhesivo descolorido que decía “ABIERTO LAS 24 HORAS”.

—Adelante —el padre de Ethan empujó con suavidad y mantuvo la puerta abierta para que pasaran.

Ethan cruzó el umbral, aunque todavía desconfiaba. Detrás de él, por un breve instante, creyó ver una sombra moverse entre los surtidores de gasolina. Saltando, como las otras. Como si lo hubiera estado siguiendo todo el camino. Pero cuando volvió a mirar, no había nada.

Ethan alzó la vista hacia su mamá, dudoso. Ella le respondió con una sonrisa tranquila:

—Vamos, cielo. Es hora de cenar.

Si estas páginas te tocaron algo por dentro... *no fue casualidad.*

Hay historias que *encuentran* a quienes necesitan escucharlas, incluso en la oscuridad.

Si quieres saber hacia dónde te lleva esta, sigue el camino:

Continuar la lectura en Amazon

